
La afectividad de la persona consagrada en la plenitud de su vida

El sentido de intimidad según la Teoría Epigenética de Erik H. Erikson

*Alvaro Jiménez C., S.J.**

Es un hecho que el número de personas mayores aumenta entre el clero y en nuestras comunidades religiosas. Se trata de un simple caso particular dentro de la tendencia demográfica generalizada en la población; pero además, la pirámide de edades no es la misma en la vida religiosa que en la sociedad en general, debido a la crisis vocacional que hemos venido sufriendo y de la cual sólo recientemente parece que vamos recuperándonos. Los religiosos jóvenes son minoría; las personas mayores y los ancianos van siendo cada día un grupo más numeroso; en algunas diócesis y comunidades y aun países enteros, la gente mayor y los ancianos constituyen la mayoría ¹.

Los religiosos adultos y ancianos no sólo forman la parte más numerosa de sus comunidades, sino que también juegan en la vida y apostolado de las mismas, un papel definitivo. Pasada la adolescencia y la primera juventud, generalmente el sacerdote y el religioso han terminado también su formación. Entran, entonces, en un largo período de la vida, el más prolongado y significativo: la madurez cronológica o edad adulta, que se prolonga hasta la vejez.

**Doctor en Teología Universidad Gregoriana, (Roma) y Doctor (Ph.D.) en Psicología de la Personalidad Universidad de Chicago.

¹ Cf. Ibáñez, J., La tercera edad: una interpretación. *Vida Religiosa*, 46, 1979, p. 251.

Hacia los treinta años el hombre y la mujer han entrado en un período que normalmente se caracteriza por la estabilidad, la claridad en las metas y propósitos, la responsabilidad en el trabajo, pero sobre todo por la expansión emocional, la oblatividad y la fidelidad en sus compromisos afectivos.

La adultez es la época de las grandes responsabilidades y de las grandes realizaciones personales y apostólicas. Razón tenían los editores de la conocida y popular revista *Time* para presentar un número dedicado a este tema con el título *La Generación Comando* (*The Command Generation*)². La famosa especialista en psicología de la edad adulta y gerontología, Berenice Neugarten, de la Universidad de Chicago, concluye un artículo sobre *La toma de conciencia de la Edad Madurra*, con estas palabras:

“Estas personas sienten que efectivamente ellas son las que manejan el ambiente social en base a su prestigio y experiencia; que son ellas quienes crean muchas de sus propias normas y reglas. Se nota un sentimiento de control creciente sobre la vida de los impulsos. La persona de edad intermedia que ha logrado éxitos frecuentes se describe a sí misma como alguien que ya no se deja conducir sino que guía, como el conductor y la persona que tiene el mando”³.

Con sobrada razón se ha llamado a esta época *La Plenitud de la Vida*⁴. Entre las filas de esta generación, encontraremos la mayor parte, o casi la totalidad, de los superiores religiosos, de los grandes apóstoles, de los formadores. Son ellos quienes llevan el *pondus diei et aestus* en la vida de la congregación, tanto en el orden religioso, como en los aspectos materiales, organizativos y económicos.

De aquí la enorme importancia de orientar a los sacerdotes y religiosos para que puedan recorrer con seguridad y alegría las etapas propias de la persona adulta en la ascensión hacia la madurez afectiva y humana.

² Cfr. Neugarten, B., *The Awareness of Middle Age. Middle Age and Aging*. Chicago: The University of Chicago Press, 1973, p. 93.

³ *Ibid.*, p. 98.

⁴ *Ibid.*, p. 97.

Sin embargo, el interés de los psicólogos del desarrollo humano, excesivamente concentrados en el niño y en el adolescente, sólo en tiempos recientes ha comenzado a investigar seriamente los progresos y tareas del adulto hacia su madurez humana. Freud, que estudió tan a fondo el desarrollo psico-sexual del niño, prácticamente olvidó toda esta larga e importante etapa de *La Plenitud de la Vida*. El hombre, una vez resuelto el *complejo de Edipo*, entra en la etapa de la *genitalidad adulta*, y aquí se estanca la Psicología Evolutiva de Sigmund Freud, ¡como si no quedaran por alcanzar las metas más importantes que orientan y dan sentido al prolongado período de toda la edad adulta y la vejez!

I. La teoría epigenética de Erik H. Erikson

Antes de explicar las etapas propias de la edad adulta, parece oportuno tener una breve visión de conjunto sobre *La Teoría Epigenética* de Erik Erikson, que nos va a guiar en la presente exposición. Ella significa un decisivo avance psico-analítico que viene a llenar este lamentable vacío dejado por Freud.

1. Las ocho edades del desarrollo

En la maduración de un individuo se presentan normalmente ocho crisis, determinadas por *Las ocho edades del desarrollo*⁵. Estas crisis son ocasionadas por la maduración del individuo, por sus propias experiencias y por las instituciones sociales que lo afectan. Cada una de las crisis puede resolverse en sentido positivo o en sentido negativo. La solución de las crisis anteriores, la dirección e intensidad con que han sido resueltas facilitan o dificultan la resolución de las crisis posteriores en las etapas siguientes. Cada etapa posterior, a su vez, puede agravar, corregir o contrarrestar los efectos positivos o negativos de las crisis anteriores.

Las ocho etapas son:

1. En la niñez temprana (más o menos durante el primer año de vida) se desarrolla un sentimiento de *confianza básica* o por el contrario de *desconfianza básica*, según hayan sido apropiados y consistentes los cuidados maternos; o por el contrario, se haya presentado negligencia o irregularidad en la satisfacción de las necesidades infantiles.

⁵ Erikson, E.H., *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Hormé, 1974, p. 222-251.

2. Durante la primera infancia (2-3 años), junto con la maduración anal y muscular, se logra un sentimiento creciente de *autonomía* o, en el polo opuesto, de sentimientos de *vergüenza* y *duda*. En otras palabras, un sentimiento de asertividad y de auto-control, opuesto a una excesiva dependencia y a la incapacidad de auto-afirmarse.

3. Durante la etapa genital (4-5 años), el período de máximo desarrollo psico-motor, se forman el sentido de *iniciativa*, producto de los comportamientos exploratorios y de actividades auto-iniciadas o por el contrario se originan sentimientos de *culpabilidad* causados por los temores y dudas acerca de sí mismo.

4. Hacia la mitad de la niñez, o sea la etapa de latencia (6-11 años), se forman los sentidos de *industriosidad*, laboriosidad, cooperación y competencia, opuestos a los sentimientos de *inferioridad*.

5. Etapa de máxima importancia es la adolescencia, durante la cual debe fraguarse el sentido de *identidad*, opuesto a la *difusión de identidad*. La identidad supone una certeza acerca de sí mismo, de su continuidad y mismidad en el tiempo; la satisfacción con su propio cuerpo, su sexo, su sistema de valores, su personalidad y relaciones sociales, su trabajo, etc.

6. El joven adulto (a partir de los 18 ó 20 años) debe desarrollar el sentido de *intimidad*, opuesto al *aislamiento* emocional.

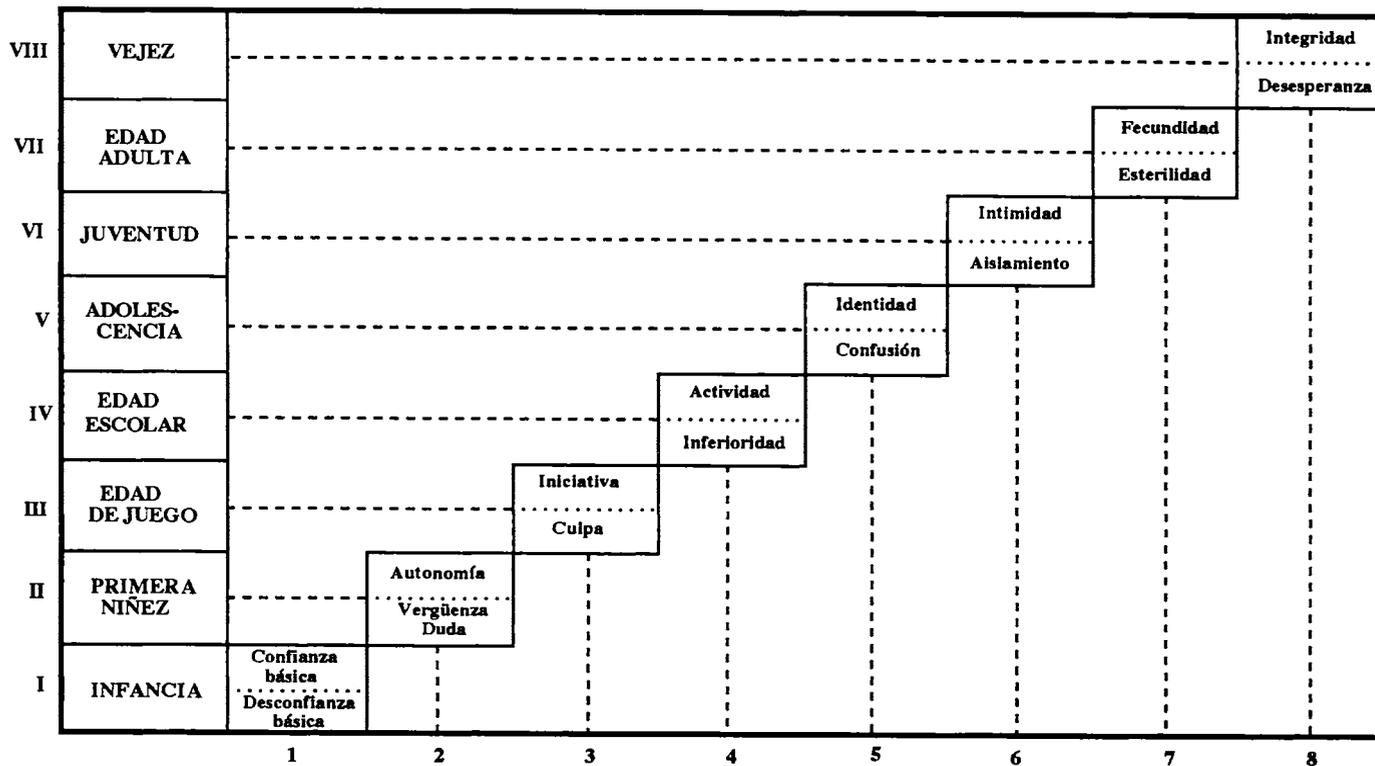
7. El adulto, durante un largo período de la vida, de duración difícil de determinar con precisión, desarrollará la *generatividad*, no sólo en el sentido de capacidad física de procrear hijos, sino también en la expansión de los intereses del yo y de las capacidades para contribuir al bienestar de la humanidad y de las generaciones futuras. A la generatividad se opone el sentido de *estancamiento*, esterilidad, absorción en sí mismo.

8. Finalmente, durante la última etapa de la edad adulta y en la vejez, la persona conquista el sentido de *integridad* o de aceptación básica de lo que ha sido su vida, opuesto al sentimiento de una vida sin sentido y del temor ante la muerte o sea de *desesperación* (Ver gráfico en la siguiente página).

2. Aportaciones de Erikson a las doctrinas psicoanalíticas

Algunos avances muy importantes, realizados por Erikson, que superan al Psicoanálisis freudiano son los siguientes:

CICLO VITAL



Crisis psicosociales en el ciclo vital según Erikson

Primero, Erikson opina que al lado de las etapas de desarrollo psico-sexual, descritas por Freud (oral, anal, fálica y genital) se dan unas etapas de evolución *psico-social*, de desarrollo del yo, en las cuales el individuo puede establecer nuevas orientaciones básicas hacia sí mismo, hacia los demás y hacia el mundo exterior. Esta concepción, de carácter *psico-social*, amplía el panorama psicoanalítico, sacándolo de su pansexualismo fatigante y monotemático, para darle mucho mayor relieve a los factores sociales del desarrollo.

En *segundo lugar*, el sistema de Erikson está muy por encima del pesimismo inherente a la doctrina psicoanalítica. El psicoanálisis concibe al ser humano como un manojo de instintos libidinosos procedentes del ello, en guerra perpetua e inevitable contra el super-yo y en combate no menos cruel e irremediable contra las imposiciones de la sociedad. Es el psicoanálisis una doctrina esencialmente pesimista ⁶.

La teoría de Erikson es única por su presentación optimista de la personalidad humana. Se centra sobre los caminos que conducen al desarrollo de una personalidad sana. Erikson enfatiza los aspectos sintónicos más bien que los aspectos distónicos de la personalidad. Se funda sobre las experiencias diarias de la mayoría de las personas que se esfuerzan por encontrar coherencia y sentido en sus vidas ⁷.

Erikson ofrece una esperanza. Es verdad que cada etapa o *crisis* del desarrollo puede desembocar tanto en una característica positiva como en una negativa. Tomando como ejemplo la crisis de la etapa oral, durante el primer año de vida, de ella pueden resultar una actitud fundamental de *confianza básica* o una actitud de *desconfianza básica* hacia sí mismo, hacia las demás personas y hacia el mundo y la vida en general.

La solución negativa, ocurrida en una etapa anterior, necesariamente dificultará el sano desarrollo del yo en las etapas posteriores. Concedido. Pero, por otro lado, en cada una de las siguientes etapas queda la posibilidad de corregir las deficiencias y los efectos negativos, remanentes de crisis anteriores; el influjo bienhechor de un buen maestro y de nuevos compañeros de escuela pueden contrarrestar los efectos

⁶ Cfr. Maddi, S., *Personality Theories: A Comparative Analysis*. Homewood: The Dorsey Press, 1972, p. 20-39.

⁷ Cfr. Hawley, G.A., *M P D, Measures of Psychosocial Development. Professional Manual*. Odessa, FLA.: Psychological Assessment Resources Inc., 1988.

malsanos de un hogar desbaratado, frío o rechazante. Siempre queda la posibilidad de *des-aprender* comportamientos y rasgos inmaduros y aun neuróticos que fueron *aprendidos* en etapas anteriores del desarrollo. Siempre queda la posibilidad de *aprender* nuevos rasgos y hábitos más maduros y saludables de comportamiento.

Tercero: ¡Siempre podemos progresar! Es una simple consecuencia de lo dicho, pero que tiene incalculables aplicaciones de valor práctico. Esta capacidad de progreso no se agota ni se estanca al mismo tiempo que el crecimiento corporal. Pasada la adolescencia y entrada ya la edad adulta, durante la madurez y aun en la ancianidad, quedan muchas etapas por recorrer en el camino hacia la madurez total de la persona. Al incluir la edad adulta y la ancianidad como etapas del desarrollo humano, se abre para la persona, para sus educadores, para los terapeutas la posibilidad de centrarse sobre el presente al tratar de resolver las crisis de personalidad sin considerarlas como simples residuos de frustraciones y de conflictos infantiles mal resueltos. El peso principal de la responsabilidad ya no se echa sobre los hombros de los padres, a quienes tan profundamente culpables hacen sentir algunos psicoanalistas... Cada individuo, joven, adulto o anciano, es el timonel de su propia vida y de su propia personalidad, Un famoso psiquiatra daba toda la razón a uno de sus pacientes perturbados que reconoció, después de varias sesiones, cómo era “más fácil recostarse en el diván, hurgando en el pasado, que sentarse en la silla enfrentándose al presente”. “Y todavía es más difícil ponerse de pie -añade Mandino- y caminar hacia el futuro”⁸.

La maduración de la personalidad no termina con la adolescencia, sino que se prolonga durante toda la vida. La madurez no es un descanso beatífico, conquistado de una vez para siempre, sino un ideal, una cima, a la que nunca llegaremos, pero a la que podemos y debemos aproximarnos cada día y hora de nuestra existencia. *¡Siempre podemos progresar y madurar!*

3. El sentido de intimidad como signo de madurez humana

Después de estos comentarios generales sobre *La Teoría Epigenética* de Erik Erikson, centraremos nuestra atención en la etapa que aquí nos interesa y que tiene lugar en la vida del joven adulto, o sea de los 20 años en adelante. Es la maduración en el *sentido de intimidad*.

⁸ Mandino, Og., *La Universidad del Exito*. México: Ed. Diana, 1983, p. 56.

Gweb A. Hawley ha construído un interesante cuestionario para evaluar la personalidad en términos de las etapas de Erikson. Se trata de *Las Medidas del Desarrollo Psico-social* (Measures of Psychosocial Development M.P.D.)⁹. Este test pretende traducir los constructos de Erikson a descripciones operacionales y concretas que facilitan la investigación y la aplicación de la teoría a la práctica. Para personas que no estén familiarizadas con la teoría de Erikson, será de utilidad conocer la siguiente descripción de la *intimidad* y de su polo opuesto, el *aislamiento*, tomada del Cuestionario M.P.D.

La intimidad es la capacidad de comprometerse en afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fortaleza ética necesaria para ser fiel a tales compromisos, aun en el caso de que exijan grandes sacrificios. Es la capacidad de establecer relaciones de esta clase con individuos de ambos sexos; habilidad de compartir con otros y cuidar de ellos sin perder la propia identidad. Las personas con capacidad de intimidad buscan relaciones emocionalmente cercanas y se sienten a gusto con ellas. Confían en los amigos y están fácilmente disponibles para ellos.

Lo contrario de la intimidad es el *aislamiento* o sea la tendencia a permanecer solo y absorto en sí mismo por temor de perder su propio yo. El aislamiento se presenta cuando la identidad de la persona es demasiado débil para soportar las incertidumbres de la intimidad. Los compromisos y responsabilidades emocionales parecen irrazonables o demasiado restrictivos de la libertad personal. Como resultado, tales individuos se mantienen emocionalmente distantes en sus relaciones; están completamente concentrados sobre sí mismos o son indiscriminadamente sociables. Sus relaciones son formales o estereotipadas. Tales personas no son capaces de compartir nada con nadie o se niegan a hacerlo. Con frecuencia se sienten atraídos hacia una relación íntima y simultáneamente aterrorizados por ella, cuando exige un compromiso serio.

Pasada la adolescencia, *la identidad* de la persona ya debe estar suficientemente consolidada. Ahora, la tarea más importante que debe completar el joven adulto es el *sentido de intimidad* o sea la capacidad de amar.

Erikson describe el *sentido de intimidad* en estos términos:

⁹ Hawley, G. A., Op. cit., p. 10.

“Una vez consolidada la identidad personal, es posible ese abandono de uno mismo que exigen la amistad íntima, la unión sexual apasionada o los encuentros inspiradores. El joven está preparado para la intimidad y para la solidaridad, esto es, puede comprometerse con causas y con personas, aunque esto exija de él grandes sacrificios; aparece entonces el valor ético, como diferenciación ulterior de la convicción ideológica (adolescencia) y un sentido de la obligación moral”¹⁰.

La intimidad no sólo se refiere a la capacidad de enamorarse con una persona del otro sexo y disfrutar de una gran capacidad orgásmica, sino que trasciende los aspectos puramente genitales y se manifiesta en “el abandono de sí mismo que exigen la amistad íntima... o los encuentros inspiradores”. Se requiere la presencia de valores éticos; la capacidad de “comprometerse con causas y personas, aunque esto exija sacrificios grandes”¹¹.

Según lo anterior, muchísimas uniones de índole sexual, fuera del matrimonio, carecen de todo sentido de intimidad; se reducen a un simple desahogo animal. Y aun en el matrimonio, son numerosas las parejas que a pesar de sostener relaciones sexuales, viven en el más completo *aislamiento* emocional. “Muchos con un esquema inadecuado y básicamente insatisfactorio de relación, pueden permanecer básicamente aislados, aun dentro del matrimonio”¹².

II. La capacidad de intimidad en la persona consagrada

Todo lo expuesto hasta aquí es simple y llanamente psicología científica, aplicable de igual manera al laico que al religioso o sacerdote; lo mismo al célibe que al casado. Pasamos ahora a esbozar algunas consideraciones sobre los aportes que puede hacer la Teoría de Erikson para la vida y maduración de los presbíteros y religiosos en la etapa de *La Plenitud de la vida*, o sea hacia la tercera y cuarta décadas de la misma. Hablaremos primeramente de los peligros del aislamiento afectivo y, en seguida, de la expansión de la *intimidad* en la persona consagrada.

¹⁰ Erikson, E.H., Ciclo Vital. *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, p. 311s.

¹¹ Erikson, E.H., *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Hormé, 1974, p. 237.

¹² Groeschel, B.J., *Spiritual Passages. The Psychology of Spiritual Development*. New York: Crossroad, 1983, p. 49.

1. Celibato y peligro de *aislamiento*

Tal vez el peligro de *aislamiento* se agudiza en el caso de las personas célibes, como son los sacerdotes y los religiosos.

El *aislamiento* emocional en las personas consagradas puede ocurrir por causas muy diversas y presentar variadas manifestaciones. Analicemos algunos casos:

1. Algunas personas, por una *falsa educación de la sexualidad*, sienten un temor excesivo y angustioso ante toda manifestación de afecto de su parte hacia los demás o de las otras personas especialmente del sexo opuesto hacia ellas mismas. Se encierran en su castillo interior, a fin de no correr riesgos contra la castidad y en esta forma matan la delicada planta del afecto y ahogan todo calor humano.

3. Otra manifestación del *aislamiento* es la entrega obsesiva y absorbente de carácter casi compulsivo, a una causa secular o religiosa.

Los psicólogos sociales señalan dos logros que un buen líder debe obtener para su grupo: la efectividad en la obtención de las metas comunes y simultáneamente la satisfacción de los miembros que lo componen. Los dos objetivos deben armonizarse y lograrse equilibradamente.

Las personas de que estamos hablando corren el riesgo de convertirse en líderes, a veces muy eficientes, pero para quienes poco o nada cuentan las relaciones humanas ni la satisfacción de las personas, ni sus afectos y sentimientos. Con tal de que las cosas se hagan bien, con prontitud y rendimiento, *¡las personas nada importan!* ¡Cuánto puede hacer sufrir a una comunidad un superior obsesionado exclusivamente por el éxito de la obra que dirige, sin tener en cuenta el trato que reciben los subordinados! Piénsese en ciertos párrocos o directores de obras sociales o rectores de colegios o universidades... para no hablar de superiores mayores ni de otros altos dignatarios de la Iglesia, obsesionados por la necesidad de triunfar y con frecuencia de figurar y brillar a toda costa. Las religiosas no están tampoco exentas de caer en esta tentación y contraer el *síndrome de gerentes y ejecutivas*.

4. Tampoco faltan personas consagradas, que caen víctimas de un *aislamiento selectivo*. Se derriten en atenciones con los de fuera, mientras dentro de casa se tornan ásperas, malgeniadas, amargadas e insoportables. Tales personas son *monedita de oro* para los extraños, pero un erizo de espinas para los de dentro. Su

aislamiento es selectivo. Sus amistades se reservan casi exclusivamente para los extraños, entre los cuales sí buscan y encuentran aprecio y estima.

5. Todavía más extremo es el *aislamiento* de la persona egoísta, centrada en sí misma, dominada, -diría Erikson- por la *auto-absorción* o sea por una preocupación excesiva o exclusiva consigo misma. Esta persona es incapaz de compartir, incapaz de amar, incapaz de brindar un amor generoso y oblativo.

6. El campo de la afectividad es tierra fértil en que pueden florecer bellas amistades. Pero en la tierra abonada es donde también nace la mala hierba y crece con más fuerza la maleza. No es de extrañar que en el campo afectivo crezcan abundantemente todo tipo de *mecanismos de defensa*. Mencionemos tan sólo la posibilidad de ciertas *compensaciones* más frecuentes. Es fácil que la persona célibe compense algunas privaciones afectivas con la búsqueda desordenada de satisfacciones en otros terrenos. Concretamente, recordemos los *falsos ídolos*, de que habla el Documento de Puebla¹³: materialismo (P. 55), consumismo (P. 56), hedonismo (P. 58), droga, alcoholismo (P. 58), afán de lucro desmedido (P. 69), ansia de poder, placer, sexo, etc. (P. 491). También las personas consagradas pueden llegar a arrodillarse ante estos *falsos ídolos* o al menos tributarles algunas muestras de homenaje y pleitesía.

Los mecanismos compensatorios se manifiestan en el afán desmedido de lucro y de seguridad económica, en el apetito desordenado por la buena mesa, el licor o el cigarrillo y sobre todo en el ansia incontrolada y celosa por la autoridad, el dinero o el ejercicio del poder.

El sacerdocio o la pertenencia a un cuerpo religioso son factores importantes de estatus social; a pesar de la creciente secularización que todo lo invade, todavía en nuestros países de América Latina muchas gentes, sencillas y cultas, tratan a la religiosa y al sacerdote con respeto, no carente a veces de cierto temor reverencial. Resulta una tentación fácil instrumentalizar esas actitudes benévolas y dóciles de los fieles para satisfacer el ansia de poder, de reconocimiento, de admiración que todos llevamos arraigada en lo profundo de nuestro ser, ya que esas ansias descontroladas hunden sus raíces en necesidades básicas del ser humano. Los sacerdotes y religiosos deberíamos ser muy conscientes de este peligro sutil y esforzarnos por prevenirlo, tanto más, cuanto más alta sea nuestra posición o nuestro cargo.

¹³ III Conferencia General del Episcopado Latino-Americano. *La Evangelización en el presente y futuro de América Latina. Documento de Puebla*. Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, 1979.

2. Camino escarpado entre el *aislamiento* y las ambigüedades de la afectividad

Como hemos dicho más arriba, la *intimidad* no sólo se refiere al amor de los enamorados o a la relación conyugal. Abarca también el campo de la amistad, del afecto familiar, del amor hacia toda clase de personas.

La persona consagrada debería tener muy presente que, de acuerdo con la concepción de Erikson, la *intimidad* es una realidad compleja, que abarca muchos elementos. La intimidad, para ser auténtica debe comprender: a) la capacidad para comprometerse; b) para compartir con los demás; c) para cuidar de otras personas; d) la confianza en los amigos; e) se extiende a las personas de ambos sexos; f) está regida por principios éticos; g) la fidelidad a dichos principios puede exigir grandes sacrificios ¹⁴.

La persona consagrada al Señor tiene que recorrer un camino parecido a esos senderos que avanzan cabalgando sobre la cima de nuestras montañas entre dos abismos peligrosos. Si el caminante se desvía hacia un lado, fácilmente puede caer en cierto *angelismo* o amor desencarnado, que es tan sólo una caricatura del amor humano o puede hundirse en el *aislamiento* total. Dice que ama *a todo el mundo*, pero en realidad termina por no amar a nadie. Por el otro lado de la cima se extiende una pendiente no menos peligrosa y que, a veces, ejerce la atracción del abismo sobre la persona consagrada: son los amores compensatorios, las *amistades pegajosas*, sustitutos más o menos declarados o disfrazados del amor de los enamorados, cuyo desenlace natural es el amor conyugal o *quasi-marital* y la unión sexual ¹⁵. “Los célibes se equivocan con frecuencia confundiendo la intimidad sexual con una relación genuina, debido a su ingenuidad” ¹⁶.

En otro lugar hemos insistido sobre la necesidad de un permanente *discernimiento espiritual* para poder avanzar sin desviaciones por el bello pero escarpado sendero que conduce a la amistad y al amor y poder vivirlo *con alegría y madurez*: “La amistad de la persona consagrada tiene como último *fundamento* a Dios, como *guía de*

¹⁴ Erikson, E.H., Ciclo Vital. *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, p. 311.

¹⁵ Groeschel, B.J., *op. cit.*, p. 55.

¹⁶ *Ibid.*

navegación el cumplimiento de la voluntad divina y como *brújula* orientadora el discernimiento espiritual”¹⁷.

3. La expansión del sentido de intimidad en la persona consagrada

Si una persona quiere realizarse en su celibato, de ninguna manera puede sofocar su afectividad. Matar la capacidad de amar sería convertirse en lo que Freud llamaría un hombre o una mujer *castrados*. La persona que vive con plenitud su castidad es capaz de amar a muchos con un amor verdadero y humano, amor que brota del amor a Dios, pero que inunda también el corazón y la sensibilidad.

Cuando el celibato se vive maduramente y con plenitud, lejos de constituir una renuncia al amor humano, ensancha el corazón y multiplica la capacidad de amar¹⁸.

Este amor no es posesivo ni dominante ni celoso; no es exclusivo ni excluyente; no es captativo ni egoísta, sino, por el contrario, oblativo y generoso; busca el bien del amigo¹⁹. Según San Ignacio de Loyola²⁰ el verdadero amor se manifiesta más en las obras que en las palabras y consiste en la comunicación de bienes entre las personas que se quieren.

La amistad auténtica es enriquecedora para la persona consagrada al Señor. El amor fundado en Dios, confirma a las personas en su opción fundamental; les da fortaleza y alegría. Es un amor cálido y sincero que brota del corazón. Es un amor de hombre o de mujer; es sexuado pero no sexual, ni específicamente genital²¹.

¹⁷ Jiménez, Alvaro, *Vivir la amistad con alegría y madurez*. Medellín, 63, 1990, p. 404.

¹⁸ Vaticano II, *Documentos*. Madrid: BAC MCMLXVIII. Decreto “Perfectae Charitatis”, N. 12.

¹⁹ Jiménez, Alvaro, loc. cit., p. 413.

²⁰ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 230-231.

²¹ Acerca de los criterios para discernir la amistad auténtica y vivirla *con alegría y madurez* remitimos al lector a nuestro artículo recientemente publicado en la Revista ‘Medellín’ titulado *Vivir la amistad con alegría y madurez* citado anteriormente en la nota 17.

En un excelente resumen sobre la teoría de Erikson aplicada a la vida de los cristianos activos, Evelyn y James Whitehead ofrecen una buena descripción de *la intimidad sana y productivamente satisfecha*; lo que se dice del cristiano comprometido *a fortiori* puede aplicarse a la vida religiosa o sacerdotal:

“La intimidad aparece frecuentemente como sinónimo de la expresión sexual o del amor romántico. Aquí usamos esta palabra en un sentido psicológico más amplio, para referirnos a las fuerzas que capacitan a una persona para compartir profundamente con otro. Estas fuerzas se ejercen en múltiples relaciones: la amistad, la colaboración en el trabajo, la vida comunitaria. La intimidad se encuentra dondequiera que haya comunicación (apertura) y mutualidad. Una habilidad bien desarrollada de intimidad me capacita para convivir con personas diferentes en una rica diversidad de situaciones, de muchas maneras apropiadas a mi propia personalidad y a lo que demandan situaciones diferentes. Sobre estos recursos de intimidad es donde me apoyo en mis intentos de vivir cercano a otros y decompartir mis talentos y ambiciones, de unir mi vida y esperanzas con la de alguien o de unos pocos²².

Esta capacidad de amar se extiende a toda clase de personas, hombres y mujeres, niños, jóvenes, personas maduras y ancianas; pertenecientes a razas y culturas diferentes de la propia. Y esta relación se verifica a tres niveles diferentes: a) con las figuras de autoridad, v.gr. obispo, superiores, maestros, etc.; b) con los iguales, como son los hermanos de comunidad o de sacerdocio y demás colaboradores en el trabajo apostólico; c) con las personas a quienes uno presta el *servicio de la autoridad*: alumnos, empleados, catequistas, subalternos, fieles en general...

Son múltiples las situaciones y oportunidades, diferentes de la relación sexual, en las cuales puede ejercitarse *la intimidad* de una persona madura. Recorramos algunos ejemplos:

1. Afectos familiares

El amor a los progenitores y a los familiares es una de las tendencias más fuertes y naturales del ser humano... Las personas naturalmente más cercanas a nosotros son los que están unidos por los vínculos de la sangre: padres, hermanos y demás

²² Whitehead E. & Whitehead, J., *Christian Life Patterns*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1979. citado por Groeschel, B.J., op. cit., p. 49.

familiares. Ni el sacerdote diocesano, ni tampoco el religioso están eximidos del cuarto mandamiento que ordena respetar y amar a nuestros padres.

La presencia y compañía de la madre, del hermano o la hermana, o de algún otro familiar sinceramente amigo puede ser sumamente benéfica y refrescante para el corazón del sacerdote, especialmente del diocesano, que con frecuencia vive demasiado solo. Unas vacaciones con la familia, algunas visitas o comidas, diversas celebraciones familiares pueden constituir un oasis de solaz en medio del diario batallar y de los inevitables ratos de soledad afectiva.

2. *Familias amigas*

Cualquier cristiano está llamado a *amar a todos los hombres por amor de Dios*. Pero nadie puede pretender que la amistad sacerdotal o religiosa cobije a todos por igual. La amistad supone *pre-dilección* o sea prioridad en el afecto. El corazón humano tiene un cupo muy limitado.

Algunas familias verdaderamente amigas, con las cuales el sacerdote se sienta a gusto, ante las cuales pueda bajarse de su pedestal, despojarse de los roles de su oficio y de múltiples *máscaras*, le brindan la oportunidad de relajar sus tensiones en un clima cordial, respetuoso y tranquilo... Afortunado el sacerdote o religioso que encuentra este tipo acogedor de familias cristianas, que aprecian y respetan al sacerdote, pero que saben tratarlo no como a un *super-hombre* perfecto, ni tampoco como a un bicho raro, que viene a perturbar la intimidad familiar y que pertenece a una especie de animales diferentes.

Se encuentran familias así entre la gente acomodada y culta. El Señor la encontró en Betania, con esos privilegiados amigos que se llamaron Lázaro, Martha y María. Pero tal vez sean más numerosas entre las familias sencillas y humildes. Al fin y al cabo la predilección de Jesús fue para los pobres...

3. *Grupos apostólicos*

Todos podemos trabajar con algún grupo apostólico. Los hay para todos los gustos: de hombres y de mujeres; de ancianos, de gente madura, de jóvenes y niños; de ilustrados profesionales o de gente campesina y sencillos obreros.

En un grupo estable, con verdaderos ideales cristianos de perfección y apostolado,

se encuentran muchas personas buenas, que comparten los valores e ideales del religioso y le pueden brindar una amistad noble, pura y enriquecedora. Con ellas es posible dialogar, trabajar, orar, disfrutar de los éxitos comunes y compartir las dificultades y los fracasos.

4. *Fraternidad religiosa y presbiteral*

Hemos insistido en la relación de amistad. El religioso y muchos sacerdotes tienen especiales oportunidades de practicarla y disfrutarla en la *vida comunitaria* con sus hermanos de religión o dentro de una verdadera *fraternidad presbiteral*.

Es muy importante para el sacerdote sentir el afecto, el apoyo, la amistad sincera de sus hermanos. La vida fraterna constituye un espacio privilegiado para la expansión plena del *sentido de intimidad*, el cual puede adquirir expresiones purísimas de amor profundo y de amistad verdadera. Los hermanos de comunidad y de sacerdocio son nuestros prójimos más *próximos*, junto con nuestra familia. Con ellos compartimos los valores e ideales que nos unen, a pesar de las omnipresentes *diferencias individuales*, de la diversidad de caracteres, edades, mentalidades y culturas. Esta diversidad, bien aprovechada, lejos de constituir vectores divergentes, puede producir una resultante enriquecedora de afecto mutuo y colaboración sincera.

La fraternidad se construye penosa y lentamente; con esfuerzo y sacrificio. No es una meta fácil. Pero cuando se logra un ambiente de espontaneidad, confianza mutua, aprecio y respeto, de afecto verdadero, entre sacerdotes y religiosos (y la experiencia demuestra que puede conseguirse), se cosecharán, en este terreno fértil y abonado, cinco frutos preciosos de la intimidad:

- a) La oración compartida
- b) El trabajo apostólico compartido
- c) El descanso compartido
- d) Las pruebas y dificultades compartidas y por lo tanto aliviadas
- e) Las alegrías, los triunfos y los éxitos también compartidos y, por lo mismo, acrecentados.

Conviene tener presente que las grandes metas, como esta fraternidad auténtica, se logran generalmente con pasos pequeños. La caridad vive de detalles: una sonrisa, una palabra amable, una felicitación, una tarjeta, una invitación, una muestra de

aprecio o estímulo, pueden ser granos de oro de la más exquisita caridad ²³.

No sirven los amigos que están solamente presentes en los momentos de prosperidad, de los cuales decía Terencio:

“Mientras seas rico, contarás con numerosos amigos... Pero si los tiempos se tornan nublados, permanecerás solo...”

En los momentos de prueba y en la inevitable experiencia de soledad por que atraviesa la persona consagrada, la fraternidad sacerdotal constituye el espacio privilegiado para probar quién es el amigo verdadero. Es entonces cuando uno necesita más el apoyo y compañía del amigo verdadero. ¡Cuántas vocaciones malogradas se hubieran salvado, si hubiéramos tenido más *empatía* con el amigo tentado o atribulado y le hubiéramos brindado el apoyo de nuestra amistad sincera...!

Los *neo-presbíteros* merecen un comentario especial. Los sacerdotes jóvenes necesitan especialmente sentir el ánimo que brota de la amistad con sus hermanos en el presbiterio, especialmente con sus antiguos compañeros de seminario. La soledad es especialmente peligrosa para la vocación del neo-presbítero joven e inexperto. Vale la pena repensar la política, tantas veces practicada, (¡con resultados frecuentemente desastrosos!) de enviar al sacerdote joven, recién ordenado, inexperto y a veces algo ingenuo, a una parroquia lejana, ante las acuciantes necesidades pastorales y la escasez de clero. Por más urgentes que sean las necesidades, hay situaciones a las cuales no debe exponerse temerariamente una vocación. Conocemos demasiados casos de vidas frustradas y vocaciones perdidas... por la soledad obligada a la cual se ven confinados muchos neo-sacerdotes que todavía no han cumplido los treinta años.

5. *El gozo de servir*

Se encuentra principalmente en el apostolado. La entrega generosa al apostolado es el fruto natural de la afectividad consagrada a Dios por el celibato. El apóstol tiene que *amar de verdad* a aquellos por quienes trabaja. El amor verdadero potencia sus energías, sostiene sus esfuerzos, produce la entrega generosa, anima en las dificultades y ayuda a comprender y sobrellevar las debilidades y defectos

²³ Cfr. Jiménez, Alvaro, Treinta maneras de practicar la caridad. *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Tomo CIV, Nov. 1990, p. 324s.

ajenos. “Tener amor es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egósta; es no enojarse ni guardar rencor” (I Cor. 13,4-5).

Sin amor, no hubieran existido ni un Camillo de Lelis, ni un Juan de Dios, ni un Vicente de Paúl, ni una Madre Teresa de Calcuta, ni tantos santos y santas que viven y trabajan en nuestros tiempos por los leprosos, los enfermos, los indígenas, los encarcelados, las prostitutas, los gaminos, los niños pobres, los ancianos... ¡Testimonios heroicos de abnegación y sacrificio!

6. La opción preferencial por los pobres y por los jóvenes

En el corazón de los sacerdotes y de las personas consagradas deben tener un lugar privilegiado *los pobres* que son los privilegiados del amor de Cristo precisamente porque son los olvidados, marginados y despreciados según los criterios del mundo. “Ama al pobre, dice San Vicente de Paúl, y tu vida estará inundada de luz”²⁴. Sin caer en demagogias ni exclusivismos, que son siempre anti-evangélicos, “la opción preferencial por los pobres y por los jóvenes” de que nos habla Puebla será para el sacerdote y el religioso una canalización sana y apostólicamente fecunda de su afectividad consagrada. El trato con la juventud puede constituir una ayuda invaluable para conservar el alma joven y dejarse contagiado del entusiasmo y alegría juveniles.

7. Amor personal a Jesucristo

Llegamos finalmente a la razón última de la castidad consagrada, sin la cual sería ésta incomprendible e invivible. La castidad consagrada es el medio privilegiado para demostrar, de manera concreta y práctica, el amor personal a Jesucristo. Sin este último motivo de carácter cristológico, el celibato consagrado sería una verdadera locura e insensatez. Parafraseando a San Pablo, podríamos considerarnos como *los más miserables entre los hombres* (I Cor. 15,19).

“El motivo verdadero y profundo del celibato consagrado es la elección de una relación personal más íntima y más completa con el misterio de Cristo y de la Iglesia, por el bien de toda la humanidad; en esta elección, los valores humanos más elevados pueden ciertamente encontrar su más alta expresión”²⁵.

²⁴ Groeschel, B.J., op. cit., p. 51.

²⁵ Paulo VI, *Sacerdotalis Coelibatus*, n. 54.

El *amor personal a Jesucristo* es un don de Dios, que todos deberíamos pedir, todos los días de nuestra vida. Es el amor fundamentado en Dios; amor cristiano bellamente definido por San Agustín como “la unión interpersonal, afectuosa, desinteresada y pura, que se hace tal, gracias a la presencia amorosa de Dios” ²⁶.

4. ¿Sentido de intimidad o caridad cristiana?

Vamos llegando finalmente a la cima de la montaña: el *sentido de intimidad* que nos presenta la psicología científica, debe ser elevado a las alturas sobrenaturales de la *caridad cristiana*.

La *intimidad* de que habla Erikson no es todavía la *caridad cristiana*; pero sí le prepara el camino: “No es amor a Dios ni a nuestros prójimos. Es, sin embargo, un camino que prepara el amor a Dios” ²⁷.

Porque no podemos negar que muchas personas no practicantes religiosamente, más aún descreídas o ateas, igualan o aventajan a muchos cristianos, aun consagrados, por la sinceridad de su altruísmo, por su capacidad de amar o sea por su *sentido de intimidad*. El distintivo verdadero del cristiano no es simplemente la capacidad de intimidad. Es la caridad o sea “la virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios” (Catecismo de San Pío X).

“Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos” (Jn. 13,35).

Conclusiones

Entre muchas conclusiones posibles, queremos subrayar brevemente las siguientes:

1. Hemos hablado de una teoría de índole *psico-social*. El sacerdote, los religiosos, sus formadores deben tener muy en cuenta los *factores sociales* para la recta

²⁶ Jiménez, Alvaro, Vivir la amistad con alegría y madurez. *Medellín*, 63, 1990, p. 413.

²⁷ Groeschel, B. J., op. cit., p. 55.

formación de la afectividad. Piénsese, por ejemplo, en el influjo definitivo del ambiente familiar, de la escuela, del seminario para formar un genuino *sentido de intimidad* o para desembocar en el *aislamiento* emocional de que habla Erikson.

2. Tratándose de una *teoría epigenética*, hay que recalcar el influjo de cada etapa previa sobre el subsiguiente desarrollo de la personalidad. Por consiguiente, la acertada solución de la crisis de *intimidad*, va a tener consecuencias definitivas sobre las dos etapas restantes en la vida humana, durante las cuales se adquirirán “*la generatividad* (en el sentido explicado anteriormente) y *la integridad* (o sea el sentido último de la vida humana). La vejez feliz no se improvisa; se prepara durante toda la vida. La capacidad de amar (*intimidad*) nos prepara para cuidar de las generaciones futuras mediante la entrega en la maternidad y la paternidad física o espiritual (*generatividad*), y estas capacidades de amor y oblatividad influirán, a su vez, sobre la satisfacción plena con el sentido final de nuestra vida (*integridad*).

3. La tercera conclusión se refiere al *optimismo* acerca del desarrollo humano. La *teoría epignética* da lugar a la posibilidad de corregir las deficiencias resultantes de las crisis anteriores, mediante la solución más adecuada de las presentes, por influjo de ambientes más favorables y sobre todo por el ejercicio de la responsabilidad personal del individuo. En vez de culpar a nuestros progenitores, a nuestra mala suerte, a nuestra falta de oportunidades, a nuestros traumas de la infancia, etc. debemos asumir la responsabilidad de nuestra propia vida. No es excusa válida el decir *es que yo soy así...* Precisamente porque *yo soy así*, voy a procurar *des-aprender* mis actitudes y comportamientos aprendidos, para aprender otros nuevos, más maduros y saludables. *Siempre podemos y debemos progresar en la conquista penosa de la madurez.*

4. La madurez en la capacidad de *intimidad* nos hará más capaces de vivir una castidad, no carente de luchas pero serena, sosegada, plena, iluminada por el amor y la amistad humana y sobre todo por el amor personal y por la entrega al Señor que nos ha llamado a su intimidad y nos mantiene en ella.

5. Finalmente, hago propia las siguientes palabras del sicólogo y sacerdote José Luis de Mata:

“Resumiendo diremos que la intimidad puede ser adecuadamente vivida en la Vida Religiosa, pero que la superación de esa crisis no es fácil, sobre todo en los años juveniles, sino desde la propia identidad y madurez y la vivencia de la vocación y de la piedad. Por ello, algunos religiosos

se quedan a medio camino, interpretan mal su papel. O son poco maduros o poco espirituales o ambas cosas a la par. Y sin las experiencias de un amor genuino se cae en el aislamiento egoísta. Se vive la vida en quisicosas: el ansia de puestos, las diversiones, el mínimo de trabajo, las fáciles y vacías relaciones sociales. Esta crisis sólo halla solución en el verdadero desprendimiento de sí mismo para llenarse plenamente de Dios. El egoísmo es la gran barrera que separa no sólo al santo del de que no lo es, sino también al hombre verdadero de su propia sombra”²⁸.

²⁸ De Mata, J!L!, *Las crisis del religioso en su "edad madura"*. *Vida Religiosa*. Madrid 1982, p. 42.